

RADICALMENTE

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”. S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades

26 DE JUNIO, 2019. IV 61

TORRECHIARA

(DE MORRIÑAS Y DE AÑORANZAS)



Castillo de Torrechiara

*“Que si las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas ...”
Pablo.*

Nacer de nuevo isaltar a las raíces!, y si posible fuese, al jardín primigenio. Esperar nervioso, inquieto, y sorprender sin que nos vea ni lo sepa, al Dios que se pasea entre estrellas tempranas y un Sol que cae con prisas tejiendo de celosías los vergeles. De aquel jardín, el Creador, ¡Aquél a quien todo pertenece!, arranca un lirio; y su blancor, sus pétalos albinos entre las manos de Dios, encanta a la lumbrera enorme, y la enternece; tiembla, y se esconde conmigo entre las hierbas altas que ocultan las desnudeces de los primeros, hombre y mujer, que entonces descubrirán carnes y muerte.

Suaviza, la blanca flor, las manos de un Dios que tras siete inacabables, prolongadas jornadas de frenético obrar, están callosas, ásperas, rugosas. Ocurriría millones de lustros antes de que la llena luna contemplara traición y Cruz... Confiaba, intranquilo, que no arrancasen el fruto del manzano, que la mujer no lo ofreciera,

que Adán no lo mordiera... Tonto de mí, el lirio se desvanece entre los dedos de un desilusionado Dios.

Como era en un principio...



Asomarme al árbol y ver su fruto apetitoso que la primera mujer tiende al primer padre..., delicado a la vista; y porque agradable al mordisco... ¡morderlo!

*¡Oh necesario pecado de Adán!,
borrado por la muerte de Cristo. ¹*

Esperaba la humanidad desde aquel entonces destino diferente. ¡Bendita falta! Bendita espera del Israel de las desobediencias y de coléricos profetas. Esperaba el que no esperaba sin saber bien lo que esperaba... hasta que irrumpiese la plenitud de los tiempos, majestuosa, entera...

Apogeo de la esperanza que abraza al descreído y al pagano... Si nadie me ha prometido nada, por qué mi corazón no sabe dejar de esperar?

¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!: ¿Un mundo sin Redención, sin clavos, sin espinas, sin sangre brotando del costado, sin Misas, ni

Sacramentos; sin un Sagrario, ni Custodias donde se muestre mi Señor; sin poder comerme a mi Dios, conformándome con verlo pasearse en un jardín donde ya no cabríamos tantos, empujándonos por obtener un hueco, un sitio para mirarle tan de lejos desde este cuerpo de los fríos huesos... para siempre sin muerte y sin resurrección? ¿Un mundo sin Iglesia? ¿iUn universo sin María, sin madre, sin refugio, sin un manto sublime, protector!? ¡Gracias, Adán!, sin ti sería un huérfano tristísimo, encajado en un rincón de un gélido universo.

"Oh Dios, que restauraste la naturaleza humana a una aún mayor dignidad que la que poseía al principio..."²

Quiero, lo necesito!: el anunciado cuerpo glorioso, en unos cielos nuevos, y tierra nueva que me prepara el Cristo.

Oh, necesario Nicodemo que entre angustias exigiste una respuesta al Cristo. Dichosa noche de los miedos, en que irrumpió la explicación del Nazareno: *¡Qué si no volvieses a nacer!...* Regresar al vientre de mi madre, al vientre de la tierra... ¡Santas Morriñas de aquel ayer!

Sublime ansia del volver al atrás, aunque el precio sea convertirnos en estatua de sal. Anhelos inextricables de renacer. Morriñas de lo clásico.

Como una mole se levanta en Parma el castillo de Torrechiara, cuna del Renacimiento. *¡Oh, Parma, el enemigo está molesto porque a ti te protege La Virgen!*



Hostis turbetur quia Parmam Virgo tuetur

Rompía el siglo XV, se planta el turco, lleno de hierros, ante las puertas de Bizancio. Corren raudos los maestros griegos, huyen precipitadamente a la Toscana que baña, segundo sólo del Tíber, el río Arno. Y con la fuga de esos hombres cultos, recrea la filosofía, en las orillas nuevas, la cultura clásica de antaño: hay hambre de la Grecia de la que les separan veinte centurias.

Las artes, el saber todo, había entrado en decadencia tras la caída del Imperio Romano y los rescataría la Toscana en renovación gloriosa.

Mientras el otomano amenaza a la *Nova Roma* de Constantino, la altiva capital del imperio romano del oriente, y empuja al sur a los sabios de la ancestral cultura, ibendita historia!, en Ferrara la peste desbarata el Concilio y desprende a intelectuales y a obispos hasta Florencia. El destino ha logrado la gran jugada: Parma , cuajada ahora de sabios, suspira, añora ayeres: clarea el Renacimiento.

Resurgía Europa Occidental. Hendía un oasis de verdores y aguas refrescantes entre las edades Media y Moderna: artes, ciencias, restitución heroica de las humanidades; se pensaba y se sentía, se amaba y se adoraba: el hombre ocupaba de nuevo su lugar, humilde, respetuoso. El ansia del saber y del Dios le hacía trascender: era el hombre sencillo y grande: repleto de infinitos, macizo de verdades.

Hoy y ahora, repetidos anales, ha caído Roma de nuevo, más hondamente. Cultura -si alguna- de horrenda muerte. El hombre se envilece sin rescates, sin rebeldía ante la mediocridad; o aún peor, la degradación más denigrante. Pablo está ausente: ya, a su eco, no retumban las paredes de los templos y de las academias clamando en contra del feminismo, del escepticismo, del culto a la sexualidad más aterradora, desnaturalizante; al no nacido y al viejo se les niega durabilidad; los ecologistas se prostran, humillantemente, ante su diosa tierra. Tenemos miedo, temblamos espantados ante el apóstrofe, el insulto del desalmado: todo menos que nos llamen homofóbicos, fascistas, nazis, retrógrados. Castrados. Nietzsche, Freud y Marx, Marcuse, dominan divinizados. El pequeño burgués, ateo, avaricioso, planta sus tiendas ante la imperdonable indiferencia de curas y de laicos.

Hace falta una cruzada de vergüenzas que rescate la tumba en que han enterrado los ayeres gloriosos. Cerrar concilios porque Ferrara apeste; huir despavoridos de un Bizancio que sitian moros, y erigir en Parma un nacer nuevo, recorriendo iguales siglos que aquellos que edificaron en la riberas del río Arno; hasta llegar a las Colinas de

la Roma, y a la Jerusalén del Nazareno, de los cristianos tan



primeros.

De morriñas y de añoranzas lleno, nacer de nuevo isaltar a las raíces! Aguardar nervioso, inquieto, y sorprender sin que nos vea ni lo sepa, al Dios que se pasea entre estrellas tempranas y un Sol que cae con prisas tejiendo de celosías los vergeles. Ansiando que no arranquen el fruto del manzano, que la mujer no lo ofrezca, que Adán no lo muerda...

Tonto de mí, creer que el lirio no desvanezca entre los dedos rudos, callosos, del Dios tan despreciado por tantos infatuados diosecillos.

Jorge J. Arrastia.

1 Pregón Pascual

2 Oración Colecta Jueves de la cuarta semana de Pascua

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.